

# UNA VISITA AL ESCORIAL

El Escorial, en conjunto, no es siniestro, como ha dicho Gautier. Es grande, rico, austero; no triste. Aunque soplando, el día en que lo vi, un vendaval terrible, era fácil reconocer en el paisaje una gracia alegre, sobre todo comparándole con las regiones espantosas — desiertos de rocas — que es preciso atravesar para llegar hasta él. Es la vivienda magnífica de un Rey que quiso estar solo para reflexionar y trabajar, no el retiro de un cenobita desengañado del mundo. Por un milagro referible a este «gusto perfecto» que Baltasar Gracián en su tratado de lo *Sublime* reconoce en Felipe II, El Escorial, entre todas las riquezas desbordantes y con frecuencia un poco infantiles de la España católica, es un monumento puro y sobrio. La capilla — realmente una soberbia iglesia — da idea de autoridad, de grandeza, de confianza. Un gusto muy sobrio y un desarrollo muy animado de los recursos arquitectónicos arrebatan la vista sin esfuerzo desde el suelo hasta la clave de la cúpula, que mide noventa y tres metros de altura. La impresión que se desprende de estas proporciones majestuosas es más fuerte y sobre todo más tranquila que la que se experimenta en nuestro Panteón.

Siendo tan grande este palacio, y tan alta su cúpula, tan extraordinarias como son tales dimensiones, el recuerdo de Felipe II lo llena fácilmente. Él también seguía la tradición de sus antepasados, y combatiendo por Dios, combatía por su dinastía y su país. Él también perseguía un sueño de Unidad. Nada aquí señala la más pequeña duda. Se siente que está construido con cal y arena para un porvenir que se cree indefinido, con la calma más perfecta. El Rey, en su gran edificio de gloria militar y religiosa, estaba tan seguro de sí mismo, que hizo voluntariamente su lugar en él insignificante. El fasto no es para la persona real, como en Versalles, sino para la *Idea*.

En un rincón de la cabecera, a la izquierda, se abre la puerta privada por la que Felipe II salía de sus habitaciones para ir a oír misa. Sentábase modestamente en el último sillón, junto a los canónigos y monjes, para orar.

Saliendo de la capilla por esta puerta se entra en una pequeña habitación, cuyas ventanas dan sobre jardines, tallados también en la forma de la parrilla de San Lorenzo. Allí vivía. Allí está la pequeña cámara en la que trabajaba este Rey, que, como dice un epitafio, «Tenía tanto espíritu, que cuando murió carecía de cuerpo.» Sus muros están blanqueados a la cal, con zócalos de azulejos. Allí está el armario secreto en el que metía los papeles de interés; la mesa de trabajo con numerosos compartimientos, en la que trabajó durante medio siglo este Rey, que fué un burócrata modelo; allí está su escritorio, su sillón, la silla sobre la cual extendía su pierna de reumático en verano y la que le servía para el invierno. Vese allí, por fin, la alcoba en la que murió; rincón estrecho, triste, sombrío, sin luz ni aire. En ella pasó largo tiempo apartado de todo, pero próximo a Dios; sintiendo llegar la muerte, se hizo abrir una pequeña ventana que daba sobre la gran capilla y por



ella le llegaba la luz. Desde su lecho oscuro veía el altar mayor, resplandeciente de la gloria de Dios, y rogándole concluyó.

Al morir, su cuerpo fué llevado muy cerca a los subterráneos del palacio. Pues por una visión serena de los destinos humanos y un espíritu filosófico, no quiso, para él y sus sucesores, separar la muerte de la vida. En la parte alta construyó su vivienda; bajo ella preparó al mismo tiempo el lugar de reposo eterno. No hay ni un Rey ni una Reina que se sienten en el trono español que no pueda ver el lugar que le espera, con el rótulo en blanco en el cual se inscribirá su nombre. Desde Carlos V, que inaugura la serie, están todos allí — o irán —, en sarcófagos de mármol con adornos de bronce, iguales todos. Conozco pocas cosas tan imponentes como esta asamblea de reyes yacentes en el silencio, esperando a los que llegarán. La muerte adquiere allí un aspecto sencillo, natural, inevitable, tal como es: nada trágico, dramático o dramatizante, como ocurre frecuentemente en España, sino una intensa impresión producida por la repetición del tema, por la ornamentación rica y sobria a la vez, y por la vanidad final de las cosas a las cuales todo conduce.

Más lejos, en estas inmensas galerías de mármol que se llaman el «Panteón», están los sepulcros blancos de los Infantes, de los que no han reinado y de las Reinas sin descendencia. Es una ancha y clara alcoba en la que las tiernas almas duermen en sus lechos de mármol blanco. Yo busqué allí a nuestra deliciosa Isabel, hija de Enrique IV, tan conmovedora y desgraciada; a la Ana de Neubourg, del *Ruy Blas*; al joven Baltasar, el niño y gentil caballero, al cual Velázquez convirtió en personaje histórico pintándole. Todos están allí. Y también D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, cuyo epitafio dice tan magníficamente, con la Escritura: «Llegó un hombre que se llamaba Juan.»

Todos estos muertos pregonan la gloria de este pueblo, la elevación de su ideal, las razones que ha tenido para vivir y esperar; lo que ha sido será, pues las mismas causas producen iguales efectos. Algunas veces el cielo se cubre; pero el fuerte viento que reina siempre en España produce en el campo la sucesión constante y alternada de luz y sombra.

GABRIEL HANOTAUX.

